



La muerte de un pobre en la alcoba de un palacio

San Juan de Dios y la
iconografía de su muerte

5 FRANCISCO DÍAZ RONCEDO

Diseño y maqueta Susana Martínez Ballesteros
Imagen de la cubierta Portada del Hospital de San Juan de Dios, Granada

Dirección científica Francisco Benavides Vázquez
Fotografía Pepe Marín Zarza / Lucía Rivas Villa
Revisión de pruebas Marina Santiago Villanueva

Depósito legal GR 246-2025
ISBN 978-84-121472-6-1

© de la edición: Archivo-Museo San Juan de Dios. 'Casa de los Pisa'
© de los textos: sus autores

Realizado en España / Made in Spain

5

Muerte de San Juan de Dios

FRANCISCO DÍAZ RONCEDO

Texto hagiográfico de MARCEL D'ISARD

Análisis de la obra por FRANCISCO BENAVIDES VÁZQUEZ



Muerte de San Juan de Dios

FRANCISCO DÍAZ RONCEDO

Relicario: segunda mitad del siglo XVII
Relieve de plata: último tercio del siglo XX
Madera, pan de oro, óleo y plata, 58 x 28 x 11 cm

Archivo-Museo San Juan de Dios
'Casa de los Pisa' - Sala de las Reliquias [0441]



*Así nos cuenta Marcel D'Isard¹
la muerte de San Juan de Dios*

Capítulo LVI

APESAR DE SU ROBUSTA CONSTITUCIÓN, el constante trabajo, los ayunos, las penitencias y austeridades, hubieran acabado ya mucho antes con las fuerzas del santo, de no haber recibido de Dios abundante ayuda. Durante trece años no había cesado de trabajar en favor de los enfermos y de los pobres, aun cuando a su regreso de Valladolid, notó un gran decaimiento en su salud.

El celo que ponía en todo y el ardor por el trabajo le movían a disimular la gravedad de su estado, temiendo entristecer a sus enfermos y hermanos si lo manifestaba. Pero, a pesar de ello, la extremada delgadez de su cuerpo y su rostro demacrado, eran suficientes señales para que todo el mundo pudiese darse cuenta de su estado de ánimo.

—Sería mejor que os tomarais un poco de descanso —decíanle una y otra vez los hermanos.

—Los desvelos que pasáis vos por los enfermos —aconsejábanle algunas distinguidas personalidades de Granada—, justo es que ahora los tengan otros para con vos.

A pesar de sus protestas, llegó a tal punto su abatimiento, que no tuvo otro remedio que acceder y guardar cama durante unos días.

—Nuestro padre está muy agotado —decían los hermanos—, bien haremos en rogar por sus desfallecidas fuerzas.

Pero a pesar de su estado, a pesar de la postración en que se veía, seguía paso a paso todo lo que sucedía a su alrededor y escuchaba con atención el eco de los sucesos que se desarrollaban más allá del hospital.

Interesado por ciertos murmullos, preguntó qué es lo que pasaba.

—Padre —dijéronle—, de nuevo se ha desbordado el Genil y su corriente arrastra gran cantidad de árboles y madera seca.

Despreciando su estado de salud, dejó la cama.

—Es preciso no dejar pasar esta ocasión sin aprovecharnos de ella.

¹ D'ISARD, Marcel. *San Juan de Dios*. Serie Historia y Biografía, 19. Barcelona, Bruguera, 1967, pp. 233-253.

De nada valieron las protestas y los consejos. Decidido a obtener aquel elemento que después podría convertirse en calor para los hospitalizados, partió acompañado de un hermano y de un joven muchacho que servía en el hospital, con la intención de hacer una abundante provisión de leña.

Los tres hallábanse atareados en el penoso trabajo cuando el sirviente, debido a un falso movimiento cayó al agua y fue arrastrado por la corriente.

Adivinando las intenciones del Santo, el hermano que le acompañaba, gritó:

—¡No, padre! ¡No hagáis eso!

El aviso fue tardío, porque ya Juan de Dios se había arrojado al agua vestido, nadando vigorosamente para tratar de salvar al muchacho.

Sus esfuerzos fueron inútiles: el sirviente desapareció entre los remolinos, y el santo con el corazón acongojado tuvo que volver solo a la orilla.

Este acto de abnegación y la impresión moral que le produjo el hecho, llevaron como consecuencia un notable empeoramiento de su enfermedad.

Sólo con la ayuda del hermano que le había acompañado y aun así con gran trabajo, pudo llegar el santo al hospital, donde incapaz ya de sostenerse se derrumbó en la cama.

Aquella noche fue de prueba. Crueles sufrimientos físicos le atenazaron, pero su espíritu se vio fortificado por la visita del arcángel San Rafael, que le hizo la revelación del próximo fin de su existencia.

Nadie de los que le rodeaban supo de este favor celestial que el santo guardó como un secreto en su corazón.

A pesar de las instancias de todos para retenerle en el lecho, al día siguiente se levantó y tomando tintero y papel fue a visitar a los acreedores del hospital.

Acompañábale uno de los hermanos en esta labor de hacer que cada uno de los acreedores anotase su cuenta en un libro que llevaba dándole los correspondientes justificantes para que después de su muerte las deudas que en vida no había podido saldar, fuesen pagadas.

Al regresar al hospital pidió el libro donde se consignaban, en un simple inventario, todos los muebles de la casa.

—¿Queréis leerme estas páginas? —inquirió.

Se procedió a la lectura, y él hoja por hoja fue rubricando la lista para poder certificar la exactitud de todo cuanto el libro contenía.

Llevado por su afán de dejar las cosas limpias y claras, procedió luego a revisar los reglamentos en los que señalaba el orden y naturaleza de los trabajos de cada día, el empleo de los hermanos y el servicio de los enfermos.

Como hiciera con el inventario, los firmó de su puño y letra y en presencia de todos los confió a Antón Martín, a quien designó para reemplazarle durante la enfermedad.

Una vez finalizados estos pormenores, volvió Juan de Dios a su lecho.

Cuando menos lo esperaba le anunciaron que el arzobispo, que ignoraba que estuviese enfermo, le llamaba a su palacio.

—No puedo desatender su llamada —dijo. Y una vez más levantóse para saludar de rodillas al prelado poco tiempo después.

Veamos las causas que habían inducido a su Ilustrísima a solicitar la presencia de Juan de Dios.

Existían algunas personas que, a pesar de admirar al santo, sentían cierta aversión hacia él, una aversión que solo podían dictar los celos y que habían servido para explicar al prelado que Juan de Dios sólo reunía en el hospital a los pobres más viles y despreciables.

—Además —habían murmurado a sus oídos— alimenta a mujeres despreciables y a perezosos del arroyo, todos los cuales se burlan de él.

—Ya veis, Excelencia, que es preciso corregir estos abusos y volver el orden en esta casa —le dijeron.

Cuando el prelado tuvo frente a él a Juan de Dios, díjole:

—Se me ha informado que en vuestro hospital se encuentran escandalosos que además de causaros desazón, pervierten a los demás. Hijo mío, es preciso que evitéis emplear las limosnas de los fieles en mantener el desorden o favorecer la ociosidad. No faltan auténticos pobres, sin necesidad de que aceptéis vagabundos.

Después de una pausa, prosiguió el prelado:

—Meritorio es trabajar en la conversión de las personas disolutas, pero malo es favorecer, por poco que sea, su libertinaje. Yo creo que para que vos quedéis más tranquilo, es preciso que sin demora despidáis a estos indignos sujetos.

Juan de Dios, como siempre, escuchó con profunda humildad las palabras del arzobispo, a las que contestó respetuosamente en los siguientes términos:

—Mi muy ilustre padre y señor: cuando plazca a vuestra Excelencia hacer la visita al hospital, no encontrará allí los abusos y desórdenes de que le han hablado, y reconocerá que no hay allí otro más que yo que merezca ser echado. Dios me ha confiado, bajo vuestra autoridad, la dirección del hospital, a fin de recibir en él a los pobres abandonados y trabajar al mismo tiempo con cuidado en la conversión de las almas. Sí., pues, no recibo allí más que justos, nuestras enfermerías y dormitorios quedarían pronto vacíos; y entonces, ¿cómo podría ocuparme en la salud de los pecadores? Yo reconozco, por lo demás, que no hago todo lo que debo y que soy muy infiel a mi vocación; confieso, con vergüenza, que en el hospital, Juan de Dios es el único pecador, que come inútilmente el pan de la limosna.

Sintióse el prelado tan conmovido, al escuchar estas palabras, que, sin poder contener sus impulsos, abrazó al limosnero al tiempo que le decía:

—Mi hermano y muy querido hijo: lo que acabáis de manifestarme me llena de satisfacción. No cabe duda que alguien ha pretendido desacreditaros cerca de mí, pero nada han conseguido, puesto que yo quedo edificado con vuestra conducta. Id con confianza a vuestro hospital. Yo os autorizo para dirigirlo a vuestra voluntad, por la gloria de Dios y el bien de los pobres.

Con gran trabajo regresó el santo al hospital, sin que las calumnias hubiesen podido alterar la paz de su alma.

No obstante, el nuevo esfuerzo había hecho mella en sus fuerzas, por lo que tuvo que volver a la cama inmediatamente.

Una vez más reunió a todos los hermanos a su alrededor para recomendarles permanecer siempre unidos, servir a los enfermos y aceptar como superior a Antón Martín.

Ante las palabras de Juan de Dios, sus seguidores no pudieron contener las lágrimas, al comprender que pronto se verían privados de aquel santo varón que, con sus consejos y sus acciones, creaba a su alrededor los más firmes propósitos de edificante bondad.

La enfermedad que iba minando el cuerpo del santo no le impedía, ocuparse de sus pobres y de escribir a sus bienhechores, suplicándoles que con sus limosnas continuasen favoreciendo el hospital.

La noticia de su enfermedad se esparció rápidamente por la ciudad y sus alrededores, y todos sus amigos se apresuraron a visitarle y a aumentar aún más sus donativos y regalos.

Juan de Dios, al ver que las limosnas llegaban con tanta abundancia, no cesaba de dar gracias a Dios por su inagotable Providencia.

—¿Cómo habéis visto hoy a Juan de Dios? —preguntaban unos y otros a los médicos que le asistían.

—Desgraciadamente, se agrava de un modo alarmante.

Una de las personas principales, que se apresuró a visitarlo para ofrecerle consuelos y remedios, fue la piadosa dama doña Ana Osorio, que desde hacía varios años estaba asociada a la obra de caridad que el santo dirigía.

Al comprender que él desatendía su propia salud en bien de los otros, creyó que sería necesario apartarlo del hospital, para que los cuidados que merecía pudieran ser llevados a cabo sin la menor dificultad. En el hospital, Juan de Dios se hallaba acostado en un rincón de su celda, sobre una simple estera. Iba vestido con su hábito y usaba una piedra como almohada.

Este espectáculo oprimió el corazón de la piadosa señora, pero persuadida de que el santo jamás se decidiría a abandonar aquel lugar, tan poco favorable para su restablecimiento, sin la intervención de una autoridad superior, mandó inmediatamente a uno de los hermanos con encargo de pedir al prelado una orden escrita de su mano para obligar al enfermo a dejarse transportar a casa de la dama.

El arzobispo envió con el mismo hermano un escrito, por el cual ordenaba a Juan de Dios obedecer a la señora de Osorio como si de él mismo se tratara.

La ilustre dama, antes de mostrar la orden del prelado, trató de convencer al santo con sus palabras, pero como éste demostraba su voluntad de no abandonar a sus pobres, se vio obligada a presentar la orden del arzobispo y decirle:

—Hermano mío, vos habéis predicado siempre la obediencia; justo es que deis ejemplo de ella y que os rindáis a lo que se os pide por amor de Dios.

—Puesto que el Hijo de Dios obedeció hasta la muerte —exclamó vencido el santo—. Su indigno siervo imitará hasta el último suspiro, con ciega obediencia, la de su Redentor.

Mandó llamar a sus seguidores, a los que hizo saber la gran pena que experimentaba al abandonarlos. Les dio su bendición y les ordenó obedecer a Antón Martín como su superior, ya que era el más antiguo de todos, y a seguir el camino empezado.

Antes de dejar el hospital, permaneció largo rato arrodillado ante el altar, a los pies de Nuestro Señor, para rendirle homenaje una vez más.

Tan largo tiempo estuvo absorto, que fue preciso obligarle a interrumpir sus oraciones, para conducirlo en la silla que le esperaba.

Capítulo LVII

Al ver los enfermos que se llevaban al que tanto querían, se produjeron escenas de gran emoción. Todos querían detener a los que llevaban la silla, para que Juan de Dios no dejase el hospital.

—No queremos que se nos lleven a nuestro padre y protector.

—¿Por qué nos abandonáis? ¿Qué será de nosotros sin vos?

Juan de Dios, ante la aflicción general, levantó los ojos al cielo y exclamó:

—Dios sabe, hijos míos, que mi mayor deseo era morir en medio de vosotros; pero puesto que El me priva de esa consolación, hágase su santa voluntad.

Inmediatamente les dio su bendición y añadió:

—Quedad en paz, hijos, y si no nos vemos más en este mundo, a lo menos rogad a Dios por mí.

Fueron tantas las lágrimas de los enfermos y hermanos, que Juan de Dios, no pudiendo soportar tanta emoción cayó desmayado.

Hiciéronle volver en sí con toda rapidez y la orden de marcha fue dada.

Pero aquella escena que se había desarrollado en el hospital se repitió una y otra vez en la calle.

Cuando las gentes supieron la noticia de que el santo iba a pasar y de que se hallaba enfermo, todo el mundo salió de sus casas. Querían verle de cerca, pedirle su bendición y encomendarse a sus oraciones.

Sólo con gran trabajo se avanzaba, por lo que fue preciso requerir una escolta, a fin de separar a la gente y alcanzar cuanto antes la casa de la piadosa señora.

Fue un verdadero alud de personas que se precipitó diariamente en casa de doña Ana, para informarse del estado del enfermo y pedir como favor especial, que les fuese permitido verle y escuchar alguna de sus palabras.

Fue tal la afluencia de visitantes, que fue necesario poner un guardia en la puerta de la casa y otro a la de su habitación, para conseguir que el enfermo pudiese descansar.

Para tributar el honor que Juan de Dios merecía como Padre de los pobres, una comisión de los más nobles señores de la ciudad visitó al santo, para expresarle la general aflicción causada por su enfermedad.

—Jamás olvidará Granada —dijeron los comisionados— los beneficios que le habéis prodigado y las virtudes de que le habéis dado ejemplo. Todos, sin excepción, nos encomendamos a vuestras oraciones.

—Yo no soy más que un pecador. Si Dios se ha servido de mí para el alivio de los pobres, ha sido por medio de vuestras limosnas que se ha hecho el bien. Yo no os olvidaré cerca de Dios, pero os pido que, cuando ya no exista en este mundo, no olvidéis a los pobres de mi hospital, ni a los hermanos que están encargados de servirlos.

Visiblemente emocionados, los visitantes pusiéronse de rodillas y le pidieron su bendición para ellos y para la ciudad.

Juan de Dios se resistió a ella, y fue para él un gran alivio ver que en aquel momento entraba el arzobispo.

—Ved aquí a nuestro pastor y a nuestro padre —dijo el santo—. Él es quien nos bendecirá a todos.

El prelado, comprendiendo inmediatamente lo que sucedía, indicó:

—Jamás los patriarcas han rehusado bendecir a sus hijos; todos los habitantes de Granada os llaman su padre; bendecidlos pues, antes de abandonarlos y demostradles con esto que los queréis a todos tanto como a los pobres de vuestro hospital.

Accediendo a las órdenes de su venerado prelado, Juan de Dios bendijo a los reunidos.

Consultó el arzobispo con los médicos, interesándose por el estado del enfermo.

—Eminencia —contestáronle—, es inminente un fatal y triste desenlace.

Volvió el prelado junto al lecho del enfermo, con el que conversó largo rato, animándole a la resignación y entera sumisión a los designios de la Providencia.

Al marcharse le abrazó tiernamente, prometiéndole que volvería dentro de poco para administrarle él mismo los Santos Sacramentos.



Fueron tantos los cuidados que durante aquellos días recibió Juan de Dios, que obtuvo una ligera mejoría, lo que hizo concebir algunas esperanzas.

Fue en estos días cuando se produjo un hecho que puso de relieve una vez más el espíritu de profecía, con que el Señor le había honrado.

Juan de Dios tuvo revelación de la salida y proyectos de un tejedor que, desesperado por no poder alimentar a los suyos, había decidido quitarse la vida.

Efectivamente, aquella mañana el tejedor había salido de su vivienda hacia las afueras de la ciudad, con el propósito de ahorcarse.

El santo, ante aquella revelación, se vistió rápidamente y, a pesar de los esfuerzos que hicieron los que encontró a su paso para evitar la huida, salió del palacio y se dirigió al pie del árbol escogido por el tejedor como instrumento de su desesperada decisión.

Momentos después llegaba el hombre, al que Juan de Dios habló con su natural vehemencia.

Al escuchar aquellas palabras, el infeliz desistió de su criminoso intento y recobró la tranquilidad de su alma.

Pero no acabó aquí la intervención del santo, ya que además de librarle de la muerte y del infierno, los recomendó a varias personas pudientes y caritativas que lo sacaron de aquel grave trance socorriéndole económicamente.

Volvió el santo lleno de gozo a ponerse en cama, intentando ocultar el motivo de tan misteriosa salida, pero acuciado a preguntas por doña Ana Osorio y otras personas, les refirió el hecho con la máxima simplicidad, pero guardándose muy bien de revelar el nombre de la persona a quien había salvado.

—Me siento feliz —terminó diciendo— por haber librado de la muerte a mi prójimo, pero lo soy todavía por saber que la mía está próxima.

Capítulo LVIII

Mientras tanto, el prelado había decidido ir a celebrar la Santa Misa en la cámara del enfermo y administrarle los últimos Sacramentos.

El santo llamó este mismo día a Antón Martín para darle sus últimas instrucciones, declarándole que por mediación del arcángel San Rafael sabía exactamente el día y hora de su muerte. No obstante, prohibiéndole hablar de ello antes de que aquella ocurriera.

Después de aconsejarle sabiamente, exhortándole a superar las dificultades que le esperaban, le ordenó que le trajera una relación de sus deudas antes de la llegada del arzobispo.

Obedeció Antón Martín y volvió al lado de su santo padre, al que entregó en silencio la copia de la relación pedida.

Poco después llegó el prelado a la cámara donde la víspera se había levantado y adornado un altar.

En presencia de los concurrentes, Juan de Dios pidió públicamente a Dios perdón de todas sus faltas, dando así edificante ejemplo de humildad. Después oyó la santa Misa con fervor y recibió el santo Viático de manos del arzobispo.

A partir de aquel momento, todas las palabras del santo, todos los consejos que dio, todas sus oraciones y acciones, fueron otras tantas lecciones de bien morir.

Ante tan edificante actitud, no pudo el arzobispo contener las lágrimas, solicitando a todos que le dejaran solo con el santo.

Como sea que el prelado preguntase a Juan de Dios si tenía algún motivo de pena o inquietud, éste le contestó:

—Muy venerado padre, yo no tengo nada que ocultaros. La noche última, el arcángel San Rafael me ha visitado y me ha dado la seguridad de que, a pesar de mis pecados, Dios me hará la misericordia de llamarme a su lado. Además, ahora mismo cuando me habéis dado la comunión, la Santísima Virgen, San Rafael y San Juan Evangelista me han honrado con su visita y me han prometido que serían los protectores de la obra que yo he comenzado. A pesar de todos estos favores, quedan en mí tres motivos de aflicción. El primero es mi ingratitud para con Dios; segundo, el estado en que dejo a mis queridos pobres, y obras de caridad que jamás podrán pagarse si el Señor mismo no se encarga de ellas.

El prelado díjole que sus trabajos serían recompensados por Nuestro Señor y que, en cuanto a los pobres, él los adoptaría como a sus propios hijos.

—Os doy mi palabra —continuó el prelado— de que satisfaré todas vuestras deudas tan pronto como me sean conocidas. Esperad, pues en paz la hora en que deben acabar vuestras penas, para comenzar vuestro reposo eterno.

Terminadas estas palabras, el prelado bendijo al santo, recibiendo de sus manos la relación de sus deudas. Luego se dirigió al hospital para confirmar en el cargo de superior del establecimiento a Antón Martín.

Juan de Dios hizo llamar a todos sus hermanos, a los que habló en particular a cada uno de ellos, dándoles los más saludables consejos para su propia salvación.

Los hermanos pusiéronse de rodillas, sumamente emocionados y abrumados de dolor, para recibir su última bendición.

Volviendo al hospital y Juan de Dios, después de la entrevista, tuvo un poco de reposo que aprovechó para encomendar una vez más su alma al Todopoderoso.

Como sea que su caritativa bienhechora le ofreció caldo, que él por obediencia aceptó, aprovechó la circunstancia para decirle:

—Hermana mía, vos me tratáis bien y los judíos dieron a beber a Nuestro Señor hiel y vinagre. Pensad si merece la pena de tomarse tanto cuidado por un pecador como yo

y de alimentar a un hombre que va a morir. Que Dios, sin embargo, os recompense vuestra caridad.

El resto del día lo pasó Juan de Dios en oración, hasta que por la tarde rogó que le fuese leída la pasión del Señor según San Juan.

Al comenzar la lectura, el rostro del santo recobró un tinte sonrosado, y acabada aquella, hizo una viva y persuasiva plática a los que allí estaban, sobre la pasión de Jesucristo.

Al fin de sus palabras quedó en éxtasis y permaneció en él más de un cuarto de hora.

Al recobrar los sentidos pidió que le dejaran solo para descansar un poco. Quería dejar de hablar a los hombres, para estar únicamente con Dios.

Todos le obedecieron y salieron de la habitación.

Desde el otro lado de la puerta oían las plegarias del santo, entrecortadas por los gemidos que se escapaban de su oprimido pecho.

Conociendo que el momento supremo había llegado, Juan de Dios dejó el lecho, vistió su hábito, y tomando en sus manos el crucifijo se arrodilló ante el altar donde el prelado había celebrado la Santa Misa.

Después de una breve oración, exclamó esforzando la voz:

—¡Jesús! ¡Jesús!, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Eran poco más de las doce de la noche, del viernes al sábado, del 8 de marzo de 1550.

Juan de Dios había dejado de existir.

Capítulo LIX

Como sea que en el mismo instante en que Juan de Dios expiró, la cámara tembló y se produjo un ruido como de muchedumbre que salía apresuradamente, varias personas que se hallaban en la habitación, contigua, corrieron a abrir la puerta.

La señora de Osorio, que iba en cabeza, al ver que el santo estaba vestido, puesto de rodillas y con un crucifijo en la mano, hizo un significativo gesto para imponer silencio y dijo:

—Está orando.

Cerraron de nuevo la puerta y se retiraron.

El silencio era entonces sepulcral y ante esto, los reunidos, entre los que había varios hermanos del hospital y sacerdotes, creyeron prudente interrumpir aquel éxtasis.

Aproximáronse al santo, pues nada denotaba en su actitud que estuviese muerto, tratando de hacerle volver en sí.

De pronto todos se dieron cuenta de que aquel cuerpo estaba exánime y que exhalaba un olor celestial.

Su alma había volado al cielo en el momento de exclamar: «¡Jesús! ¡Jesús!».

Juan de Dios, como San Pablo el ermitaño, murió de rodillas orando. Tenía cincuenta y cinco años de edad, los cuarenta y dos primeros de los cuales los pasó entre pruebas y ejercicios destinados a purificar su virtud, y los restantes dedicados especialmente al servicio de los pobres y enfermos.

Cuando el prelado fue avisado del fallecimiento del santo, fue inmediatamente a casa de la señora de Osorio para tributar los últimos homenajes al Padre de los pobres.

En la misma estancia, por orden del señor arzobispo, fueron construidos tres altares, en los que, sin interrupción, se celebró la Santa Misa desde la madrugada, por cuantos sacerdotes habían venerado y amado al santo.

El cadáver fue colocado en unas magníficas parihuelas, para que el innumerable gentío que rodeaba la casa pudiese verlo mientras las campanas de toda la ciudad dejaban oír sus tristes sonidos.

Pobres y ricos repetían sin cesar que Granada había perdido a su padre.

El pueblo en masa acudió a contemplar y venerar los restos de Juan de Dios.

Como sea que en el hospital no había más que una simple capilla y no podía pensarse en hacer allí la inhumación, fue escogida la iglesia de los Mínimos para llevarla a cabo, accediendo a las instancias de la señora Osorio, que tenía en aquel lugar una capilla sepulcral.

Los marqueses de Tarifa y de Ceralvo, don Pedro de Bobadilla y don Juan Guevara, llegada la hora de los funerales, bajaron el santo cuerpo de la cama mortuoria para colocarlo ante la puerta sobre un estrado dispuesto a este fin.

Una piadosa competencia entre las diversas órdenes religiosas se suscitó en el momento de ponerse en marcha el fúnebre cortejo. Todas querían tener el honor de llevar el cuerpo del santo.

Intervino el arzobispo ordenando que lo llevaran por turno, iniciando el primero los franciscanos, en atención a que Juan de Dios a ningún otro santo se había semejado tanto como a San Francisco de Asís.

La distancia desde la casa mortuoria hasta la casa de los Mínimos era corta, pero fue tal la multitud que acudió a presenciar el cortejo, que habiendo partido éste a las nueve de la mañana, no llegó antes del mediodía.

No es necesario decir que el cuerpo del santo fue acompañado por todos; desde los pobres del hospital hasta los más altos Magistrados y Presidentes, pasando por los Caballeros y Oficiales a las órdenes militares y el pueblo en masa.

Al llegar el cortejo fúnebre a la plaza, próxima la iglesia de los Mínimos, la multitud enfervorecida se precipitó hacia el cuerpo del santo, orando unos, gritando otros, y todos deseando tocar sus rosarios, medallas o libros de piedad, y las ropas del difunto.

Ni las palabras ni los razonamientos eran suficientes para separar a aquellas gentes del

lado del santo, aquellas gentes que por devoción intentaron incluso arrebatarse pedazos del lienzo y del ataúd para guardarlos como reliquias.

No quedó otro remedio que emplear la fuerza para separar a la muchedumbre del lado del féretro, que por fin pudo entrar en la iglesia.

El cuerpo del santo fue colocado sobre un catafalco levantado en el coro.

Seguidamente, el padre general de los Mínimos, que se hallaba de paso en Granada, celebró la santa Misa.

Durante nueve días permaneció el cuerpo en la iglesia, y cada jornada de la novena hubo oficios solemnes con oración fúnebre en elogio del santo.

Parecía que el cielo y la tierra, la Providencia y lo humano, se habían unido en un enorme abrazo para rendir tributo a aquel santo varón, ejemplo de fe y de virtudes.

Todas las críticas desaparecieron después de su muerte, y todos, incluso aquellos que antes le habían difamado, ya sea por envidia o por ignorancia, vieron obligados a dar testimonio de su virtud y proclamar su santidad.

Durante todo el año no se predicó sermón en Granada, sin que el sacerdote hablase de Juan de Dios, presentándole como modelo de virtudes que todos debían imitar.

Solo alabanzas se pregonaron en todas partes, y en Valladolid, en Toledo, en Granada (donde se le había menospreciado y tratado de insensato), no se oían más que alabanzas incluso hechas por aquellos que habían sido sus detractores.

A partir de aquel momento se abrieron suscripciones para perpetuar su memoria, y todos, desde los poetas a los sacerdotes, contribuyeron a hacer imperecedero el recuerdo de aquel hombre que sólo había vivido para hacer el bien al prójimo.

El arzobispo de Granada no se cansaba de recordar sus virtudes y de decir a su pueblo que el mayor honor de Granada era poseer los venerables restos del santo y tenerlo por protector.

Mientras el beato Juan de Ávila pregonaba desde el púlpito las eminentes virtudes de Juan de Dios, el cardenal Pedro de Deza, que lo había dado a conocer a la corte de Roma, pidió que le nombrasen de la comisión encargada de informar sobre la vida del santo.

Como «el mayor honor del siglo y el gran santo de la época» se señalaba en la corte del rey de España al fundador de la orden.

Nadie dudaba de la santidad de Juan de Dios, y su gloria, que va ganando el paso de los siglos, produjo en los años que siguieron a su muerte, especial veneración por los prodigios que se sucedían.

Los magistrados de Granada y los comisionados del arzobispo, volvieron a la cámara donde el santo había muerto, para inventariar los objetos que le habían pertenecido y conservarlos como reliquias. Entonces pudieron comprobar que aquel olor celestial que exhaló su cuerpo a la hora de su muerte, parecía entonces más agradable e intenso. No podía

dudarse del carácter sobrenatural del hecho, ya que aquel perfume se difundía por toda la casa y servía de indicador para encontrar la cámara mortuoria del santo.

Tal maravilla se prolongó durante los primeros nueve días que siguieron al fallecimiento del santo, para renovarse más tarde durante todos los sábados, durante mucho tiempo.

También la cama en que había muerto y las ropas que fueron de su uso se hallaban impregnadas de aquel perfume que un siglo más tarde aún podía notarse en su tumba cada vez que se abría, ya fuera para comprobar el estado de sus restos o para exponerlo a la devoción de los fieles.

Fueron muchos los testigos de este prodigio, un prodigio que se renovó de manera notabilísima cuando en ocasión de su traslado, el 28 de noviembre de 1664, en el proceso de su canonización, fue abierta una vez más su tumba.

Los milagros que después de su muerte se obraron por intercesión del siervo de Dios fueron muchísimos. Baste decir que las informaciones llevadas a cabo, en orden a la canonización de Juan de Dios y que empezaron el año 1623, cuatrocientos sesenta testigos afirmaron bajo juramento sobre hechos milagrosos, que fueron recogidos y aprobados por la Sagrada Congregación de Ritos.

Sea suficiente, en honor de tantas virtudes, decir que la misma tierra del lugar de su nacimiento sirvió para obtener prodigiosos milagros y favores.

Pedro González, de doce años de edad, ciego de nacimiento, fue curado de su ceguera con sólo frotar sus ojos con aquella tierra bendita. Y lo mismo sucedió con Manuel Díaz, Felipe Arias y Beatriz Cathabre de Gama, que curaron diversas enfermedades por el mismo procedimiento.

En todos estos casos, como en los de María Oliveira y Felipe Botella, entre muchos otros, los médicos nada podían hacer. Eran casos desahuciados.

El favor del cielo, por mediación de San Juan de Dios, era patente, y por eso don José Melo, obispo de Évora, determinó convertir la casa en iglesia.

La devoción de los pueblos no tardó en hacer célebre dicho santuario, no sólo en Portugal, sino también en España, donde acudían todos los días peregrinos a implorar favores espirituales y corporales que casi siempre eran obtenidos.

Después de un largo proceso en que el siervo de Dios fue considerado bienaventurado y beato más tarde, el Papa León XIII examinadas atentamente las fervorosas instancias de cardenales, arzobispos, obispos, abades, superiores generales y vicarios, expidió el decreto de 12 de junio de 1886, en el que se declara que el fundador de la orden hospitalaria San Juan de Dios, sea considerado «Patrón Universal de los enfermos y hospitales», al mismo tiempo que ordena que en las letanías de los agonizantes sea añadido su nombre.



Para conocer mejor esta pieza...

Resulta difícil encontrar un soporte material sobre el que la sensibilidad artística no haya dejado huella de su hacer. Entre ellos, la plata, noble material, ha sido habitualmente utilizado para la realización de los objetos más variados.

El repetido motivo de la muerte de San Juan de Dios, como venimos observando desde capítulos anteriores, también lo encontramos representado en soporte plata, sirva como ejemplo el que hoy traemos a esta sección.

Un hermoso relicario policromado y tallado en madera de la segunda mitad del siglo XVII es el que sirve de marco al repujado de plata sobre la muerte de San Juan de Dios, obra del cordobés Francisco Díaz Roncedo, que se expone en la sala de las Reliquias del Archivo-Museo Casa de los Pisa.

A primera vista, podríamos pensar que se trata de un solo conjunto conformado por el relicario y el repujado de plata. Pero no es así, y bien merece la pena detenernos en ambas piezas independientemente.

El relicario es una obra en madera tallada, dorada y policromada que se eleva sobre un pedestal achatado de módulos decrecientes. En la base, un querubín reducido a cabeza y alas, cuyos extremos se unen a la cabeza mediante dos guirnaldas.

El cuerpo del relicario consiste en una moldura flanqueada por dos telamones con cuerpos formados por zarcillos y volutas; todo él coronado por un frontón partido y rematado por tres jarrones.

El motivo protagonista es una placa de plata repujada que representa en el centro la muerte de rodillas de nuestro Padre San Juan de Dios, con una corona trenzada de espinas. A ambos lados, aparecen dos columnas corintias.

En la parte superior, dos grupos de ángeles sobre nubes contemplan la escena que queda presidida por la granada sin estar coronada por la cruz, lo que la convierte en símbolo de la ciudad donde se produjo el prodigioso acontecimiento.

Origen de la obra

La curiosidad por el origen de cualquier obra de arte es siempre una constante. Su conocimiento sin duda enriquece la obra en cuestión, pero también es verdad que con frecuencia nos encontramos con lagunas informativas y documentales que nos hacen imposible la tarea de ir más allá de un par de afirmaciones generales, apoyadas en estudios de arte que podamos encontrar sobre el tema. En este caso, por suerte, podemos conocer el motivo del nacimiento de esta pieza gracias a la información facilitada por Fray Ernesto Ruiz.

En 1976, cuando ya habían comenzado las obras de construcción de la residencia de mayores a espaldas de la Casa de los Pisa, doña Magdalena Herrerías Moya, bienhechora de la Orden, costeó un magnífico sagrario de plata, oro y piedras preciosas para la capilla de la residencia.

La obra fue encargada al profesor cordobés Francisco Díaz Roncero, que diseñó y realizó una maravillosa arca, entre romántica y barroca, que se remata con una estatua de la muerte de San Juan de Dios que, junto a cinco escenas más, articula una catequesis de la vida de nuestro Santo en plata repujada.

Pues bien, la pieza que hoy traemos a esta sección, fue un primer boceto o presentación del trabajo de este artista antes de iniciar la maravillosa obra que realizaría finalmente como morada de Jesús Sacramentado, convertida y admirada hoy en un verdadero canto al arte, a la Eucaristía y al Santo del amor.

La técnica y el estilo analizados en detalle

Para un aprecio más cabal del mérito de una obra de orfebrería, siempre es oportuno y hasta necesario tomar en consideración la técnica o las técnicas que la hicieron posible como expresión artística pues, como producto estético, no se hace posible sino es por medio de una o varias destrezas artesanales y no tan solo por lo valioso del material empleado.

Tres son las técnicas utilizadas en la pieza que estudiamos. El repujado es la más utilizada, consistente en que el metal en estado laminado o «labrado», se «repuja» o se le da realce, generalmente sobre una base o fondo de material compacto, duro y resistente pero a la vez moldeable, como la pez, que ha sido el más usual, y al que se añadía polvo fino de ladrillo y sebo. Esta ha sido la técnica empleada para la ejecución de la imagen del Santo, las columnas y los ángeles.

El cincelado reafirma y afina la forma deseada en una pieza fundida, forjada o repujada y puede añadir líneas y texturas muy finas al dibujo, incidiendo en el metal a golpes más suaves de cinceles y punzones.

Mediante esta técnica se realizaron las losas del suelo sobre el que cae el Santo muerto. Empleándose también en el perfeccionamiento de sus cabellos, la cruz y las alas de los ángeles.

Por último y en menor grado de uso, encontramos la tercera técnica empleada en nuestra pieza. La filigrana, que por medio de hilos de metal de distinto grosor, forma diseños de trazo muy fino que se sujetan con puntos de soldadura.



Sagrario para el que se ideó inicialmente la pieza tratada en este capítulo.



Vista lateral del sagrario.



Ubicación actual del sagrario.
Capilla de la comunidad de la
residencia de mayores.

La filigrana tiene la cualidad de que con ella se elaboran objetos muy calados y su efecto es como de un textil o bordado metálico. La corona de espinas que porta San Juan de Dios es un claro ejemplo del empleo de esta técnica.

Bien podemos suscribir esta obra como heredera del estilo neoclásico del pasado siglo. Como su nombre indica, es un regreso a las acreditadas formas clásicas con todo lo que ello implica, buscándose una simplificación formal. Las características de expresión estética preferidas serán las que muestran la sobriedad y el equilibrio entre las formas abstractas y las naturales.

De manera realista, lo natural se aplica con medida, gravedad y supeditado reposo. Características que de sobra quedan de manifiesto en la representación de la muerte de un hombre como Juan de Dios.

Hasta el momento, la obra no ha sido reseñada en ningún estudio ni publicación. Su estado de conservación es bueno aunque el relicario evidencia signos de un agresivo ataque de silófagos, actualmente extinguidos.

Es interesante dejar de manifiesto que el repujado de plata no presenta signos de punzones ni marcas del artista platero que la realizó.

Bibliografía de la pieza

BENAVIDES VÁZQUEZ, Francisco. «Muerte de San Juan de Dios en plata repujada». *Juan Ciudad. Arte y Hospitalidad*, n.º 455. Sevilla, Orden Hospitalaria San Juan de Dios, 2000, pp. 4-7.

Fueron los granadinos los primeros que conocieron la «dichosa muerte del bendito Juan de Dios», de rodillas con un crucifijo en las manos... y así, rápidamente, adoptaron esta imagen como el icono del servicio.

No podía ser otra la escultura que presidiera «el templo del cuidado», el hospital de Juan de Dios.

Durante siglos esta figura ha marcado el lugar de la memoria de la hospitalidad, al estilo de Juan de Dios.

Su trasfondo espiritual, documental y afectivo sigue inspirándonos en el día de hoy, 475 años después, siendo fieles al legado recibido.



Archivo - Museo
San Juan de Dios
'Casa de los Pisa'
Granada